

El Correspondiente de París
de la Revista Literaria.

Servicio de la prensa española

Redacción y Admisión:
17 y 19 rue Maubourg
Paris.

Paris 18 de Junio 1888.

Suplemento.

Sumario: "La princesa Othilde" por Batulo Mendez. —
"Rima" por Heine — "La literatura catalana en el siglo XIX"
(continuación) por P. Genes. — "Miscelánea", por X.

La princesa Othilde.

Cuando la princesa Othilde vino al mundo, fue saludada por un grito general de admiración y de sorpresa: de admiración, porque era la criatura más linda que puede imaginarse; de sorpresa, porque había nacido tan excesivamente diminuta, que no hacía más bulto que el puño cerrado de un niño. Acostada en una cuna no más larga que el dedo ni más ancha que la mano, hubiérase creído ver a un pájaro de las Islas todavía sin plumas y acurrucado en su nido. El rey y la reina no se causaban de admirar tan singular belleza, y aunque inquietos de verla tan pequeña, no pudiendo soportar la idea de haber dado vida a una enana, esperaban que crecería con los años sin perder nada de su gentileza; pero ¡ay! esta esperanza quedó bien pronto defraudada. Permaneciendo siempre linda y graciosa, se desarrollaba tan lentamente, que a los cinco años no era más alta que una mata de hierba, y se veía obligada a empinarse sobre la punta de sus pies en los jardines de palacio para coger las violetas.

Sus padres, alarmados, enviaron a llamar a los médicos más famosos, ofreciéndoles grandes recompensas si conseguían elevar, aunque solo fuese algunas pulgadas, la estatura de la princesa. Los sabios facultativos celebraron varias conferencias, recetando con la mayor gravedad extraños brevajes, que Othilde fue obligada a beber, y disponiendo unturas en todo el cuerpo con maravillosos ungüentos. Nada hizo efecto: la princesa continuó siendo una enana adorable, que no tenía necesidad de bajar la cabeza para pasar por entre las piernas de su microscópica getita.

El rey y la reina creyeron entonces que debían recurrir

à las hadas, con las cuales mantenian excelentes relaciones. No dejaron ellas de acudir al llamamiento: unas en literas de oro con franjas de pedrerias; otras en carros de cristal tirados por cuatros unicornios, si bien la mayor parte creyo más comodo entrar por las ventanas y por la chimenea en forma de pajarracos para convertirse en elegantes damas con ricos trajes, una vez dentro del palacio.

Tan luego como estuvieron reunidas, todas ellas tocaron à Othilde con sus varitas mágicas, le lucieron signos en la mano y en la frente, y menudearon los conjuros. Pero el empeño de las hadas no fue más afortunado que la medicina de los doctores, y à los diez y seis años la princesa era aun tan pequeña que una mañana fue cojida en una trampa de ruiseñores que habian colocado en el jardin.

Los cortesanos, deseados siempre de tener contentos à los principes, porque el buen humor los hace de ordinario generosos, se esforzaban por todos los medios posibles, en consolar al rey y à la reina. Ellos proclamaban sin cesar que nada hay más ridiculo que las estaturas altas, las cuales no son otra cosa, bien considerado, que deformidades de la naturaleza; todos ellos, segun decian, hubieran deseado tener medio pie de altura, aunque reconocian que solo à las estirpes reales les está reservado tan alto honor. ¡Y cuánto se burlaban al ver en la corte personajes corpulentos! Las Damas de honor, de comun acuerdo, renunciaron à llevar tacones altos si fin de que la princesa no pareciese tan diminuta cerca de ellas. Todas estas ingeniosas supercherias, sin embargo, no consiguieron hacer efecto en el Rey y la Reina, que seguan afligidos de su desgracia. En cuento à Othilde, no parecia ocuparse de ello, y mostraba gran placer contemplando su graciosa persona en un espejo de mano de tamaño tres veces mayor al de su figura.

(Se concluirà)

(Trad.)

Octave Mendes.

Rima.

El mar brillaba con la luz estrana
que da el ocaso à las dormidas olas:
los dos, del pescador en la cabana,
silenciosos, estabamos y à solas.

Remontàbase lenta nube oscura;
aunday tendia la gaviota el vuelo;
y una lágrima hermosa, tibia y pura,
bañó tus ojos y emblo' su cielo.

(Trad.)

Miré, ansioso, rodar por tu mejilla
y caer en tu mano aquella perla;
y oablé conmovido la rodilla,
y con ardiente labio fui à beberla.
Desde entonces, la frente doblo triste,
y sufre el coraron rudo quebrante:
mira, desventurada, lo que leiciste,
envenenome el coraron tu llanto.

Heine.

La literatura catalana en el siglo XIX.
(continuacion)

El fondo se revela á través de su forma poética. Cada uno de aquellos nobles si se levantara la celada, en lugar de la cara distinguida de un caballero nos mostraria la faz ordinaria de un mozo de cordel. Asi como en los personajes griegos y romanos de Racine y de Corneille, esos heroes antiguos de los dramas, de los ingenios de la corte de Luis XIV, se transparentaban los cortesanos del gran rey, asi en los heroes de la epopeya de nuestra vara Cantado, por ciertos catalanistas, vemos siempre al menestral disfrazado, al comparsa.

Y igual pasa con los asuntos biblicos ó mitológicos. Poeta hay lleno de imaginacion, de energia y de sentimiento, que nos presenta una Siria que es un Anupurdan. Con sus arroyuelos, su musgo, sus robles y sus madroños, aquel paisaje más parece cercanias de La Bisbal que de Jerico. Poema hay con pasajes mitológicos llenos de genio y de vigor, con figuras á lo Miguel Angel, y efectos dramáticos que son de la misma madera que los de Esquilo, que no puede escapar por eso á este carácter. Dioses que remueven la tierra con las manos, ángeles que cavan y abren surcos, querubines que muelen á barro, serafines con los pies llenos de arcilla, diablos enjutos que echan guijarro, titanes que llevan alpargatas: tales son las figuras de su mitología gigantesca.

No es que las tales obras no sean sentidas, ni que carezcan de cualidades: que algunas de ellas las tienen, y muy sólidas; pero esto no priva que toda esta literatura pida á voces, el que se la desbaste y se la pula. Es preciso que se haga instruida; no con esa instrucción de erudito mínimo con que á veces se adulteran ciertos imbéciles, sino con el conocimiento profundo de los asuntos que se tratan. No es que intentemos decir que deba privarse de la nota rústica; pero quisiéramos que su lira no fuera monocorde y de una nota agria: que tenga en buena hora todas las cuerdas y con ellas todos los tons, pero todos, y en lugar de cantar solo el gerundense, el ripollés ó el vigatà, que cante el hombre en todos sus estados, en todas sus manifestaciones, desde el obrero y el campesino á los principes de la Ciencia, del Arte, de la fortuna, del poder ó de la sangre. Que no se amuralle en lo catalan como los clius en la Clivla; que sea menos local: que

por ser más humana no dejará de ser catalana, como Esquilo y Shakespeare, cantando el Hombre, no dejaron de ser griego el primero, e inglés el segundo. Que el catalanismo se haga instruido, moderno y humano, y con la energía que tiene, será una de las primeras literaturas de la Europa contemporánea.

En estos últimos años, ha habido poetas que han iniciado ya esta tendencia de una manera poderosa, y esperamos que continuarán en esta vía.

Así como hemos notado los defectos, debemos de notar también las cualidades de este movimiento literario. Como ya lo hemos dicho, su fondo es la energía. Esta no falta en casi ninguno de los escritores catalanes de primera fuerza, y con ella la precisión. Lo mismo Federico Soler, el fundador del teatro catalán, uno de los primeros génius cómicos de nuestra época, que Apel·les Mestres; lo mismo Mathieu que Guimerà; Jacinto Verdaguer que Amicet Pagès; Aulès que Vilanova y que Oller, todos son energicos, sobrios, concisos, coloristas, esculturales.

Las comedias de Soler, con su incomparable vis cómica, y algunos de sus dramas, con sus efectos emocionales de primera fuerza; los poemas, fábulas, idilios, baladas y canciones de Apel·les Mestres con sus descripciones gráficas de los aspectos del campo y las ciudades, con el sentimiento profundo de la vida de los animales y las plantas, con la comprensión íntima y la expresión clara del alma de la Naturaleza, o con sus humoradas arqueológico-medievales; las tragedias y los poemas de Guimerà con su grandiosidad altisonante y su emoción algida; los de Verdaguer, con su valiente descripción escultural y su movimiento épico, o sus idilios, de una cultura mística y tranquila; los cantos de Mathieu, de nerviosa sobriedad; las rimas genialmente sombrías y apocalípticas de Pagès; las novelas realistas de Oller; los originalísimos saquetes y cartas de Aulès; los artículos humorísticos, tan llenos de sentimiento como de imágenes gráficas y chocantes, de Vilanova; hasta las épicas parodias de Coca y Collado, todo puede competir con las primeras obras, en sus respectivos géneros, de los mejores literatos europeos.

Los defectos que hemos marcado, desaparecerán con las causas que los produjeron. Son defectos transitorios; defectos de una literatura naciente, que empiezo, que se aboceta, que lleva aun el residuo del terruno, y por tanto que está falta de la cultura de las literaturas llegadas ya a su apogeo. Pompeyo Giner.

(Se concluirá)

Miscelánea.

Perdió un usurero un billete de cinco duros, y cayó enfermo.

- Pero, hombre - le decía un amigo - ¿enfermar por haber perdido un billete de cinco duros?

- No es por el dinero precisamente; es por la ambición que le tengo.

A consecuencia de una apuesta, Gedeon ha estado a punto de estrangularse, al intentar tragarse una peseta.

Cuando volvió a la vida exclamó:

- ¡Indudablemente aquella moneda era falsa, pues no me ha sido posible hacerla pasar.

Se enseñaban a un famoso dilettante el retrato de uno de los compositores para quienes el mismo Wagner es ya un músico anticuado.

- ¿Se le parece? - le pregunta un amigo.

- ¡Ya lo creo! ¡Como que al verle hay que taparse los oídos!

(Histórico) Antes de llegar a hombre político y a ministro, Eduardo Lockroy era un publicista distinguido, de quien se citaban con gusto todas las producciones.

En tiempo del imperio, Lockroy fué una vez condenado a dos meses de prisión por un artículo del Rappel.

Cuando se hubo constituido en la cárcel, Guisli de Girardin, queriendo darle una prueba de simpatía, envió a Lockroy, para endulzar los enojos de su cautiverio, sus obras completas, que formaban un total de sesenta y tantos volúmenes.

Cuando el comisionado hubo desenfardado su paquete, Lockroy preguntóle azorado:

- ¿Qué es esto?

El comisionado respondióle bruscamente, sin rodeos, sin preparación.

- Ah! exclamó Lockroy, por lo visto he comprendido mal la sentencia. Parecíame haber oído dos meses de prisión; pero ignoraba que después se hubiera dictado una aggravación a la sentencia.

X.

El correspondiente de París
Hoja autógrafa diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón:
17 y 19 rue Mauberge
Paris.

Año IV. — Núm: 443.

Paris 18 de Junio de 1888.

La situación.

Mientras los ministros están de viaje, celebrando reuniones simpáticas en Marsella, como Mr. Floquet y Peytral, o impecionando fortificaciones en Epinal y en Belfort como el ministro de la guerra Mr. de Freycinet; y los políticos batalladores boulangistas y antiboulangistas celebran en Avignon reuniones contradictorias donde no hacen más que maltratarse los unos a los otros sin resolver por esto a los ojos del país sensato cual de las dos fracciones se lleva la mejor parte de raron; y los republicanos de ambos grupos ponen el grito en el cielo al ver que su división ha sido la verdadera causa de la ventaja que sobre ellos ha llevado el candidato bonapartista en las elecciones de ayer en la Charente, la opinión pública no aparta sus ojos del drama que acaba de tener su desenlace en Alemania con la muerte del emperador Federico.

Ante los sucesos que tenemos a la vista no será ocioso, pues, que nos permitamos algunas consideraciones.

El manifiesto y el rescripto que el emperador difunto publicaba en 13 de marzo último hacían conocer claramente los puntos de mira del nuevo soberano. Si en dichos documentos no resaltaba el lenguaje de un sabio, veíase, por lo menos, el de un filósofo, y era ciertamente un espectáculo interesante el que presentaba esa especie de Marco Aurelio recogiendo la sucesión de un imperio restaurado por la guerra y cuyos resortes estaban tendidos y como en preparación para una nueva guerra.

El partido militar mostrose profundamente irritado contra aquella filosofía, que consideraba de todo en todo anacrónica. En su concepto el emperador faltaba al más esencial de sus deberes no concediendo al ejército y a las cosas de la milicia el primer lugar en sus preocupaciones. Era tal vez erróneo semejante juicio, y estimamos que un reinado de alguna duración, inspirado por los principios que Federico III había enunciado, habría contribuido mucho más a la consolidación del régimen imperial, que no el

mantenimiento prolongado de un estado de cosas que gravita pesadamente sobre la hacienda del imperio y que impone a Europa entera, además de la inquietud constante, toda suerte de enormes sacrificios. Mas justo que el partido militar de Alemania eran los historiadores latinos cuando, confundiendo en un mismo sentimiento de gratitud, reconocían en Rómulo y Numa los dos nombres más amantes de la paz que los siglos han conocido los dos únicos y verdaderos fundadores del imperio romano.

Pero el reinado de aquel que pudo haber sido considerado como segundo fundador ha sido demasiado corto, y aun en su corta duración demasiado precario para producir los efectos que hubieran podido esperarse. Todo lo más que ha dejado es algo como una fórmula más precisa de ciertas ideas que flotaban confusamente en los espíritus, dando vida a una especie de confianza en favor de la paz futura y dejando comprender más o menos vagamente que existe para un pueblo una vida diferente de la vida del cuartel y un régimen más justo y más humano que el militarismo.

Si en tres meses de reinado Federico III ha podido despertar tales ideas y tales esperanzas en el pueblo alemán, si las proclamas publicadas inmediatamente después de su advenimiento al trono revelaron desde luego esos sentimientos, difícil sería poder decir lo mismo a propósito de los dos manifiestos que acaba de publicar su sucesor, dando cuenta al ejército y a la marina de su exaltación al trono de Alemania por la muerte de su padre.

Los dos documentos - que hemos leído con atención y sin apasionamiento - nos parecen dos piezas o retazos incoherentes, donde de la pura fraseología ocupa el lugar que debió hacer suyo el pensamiento, y a primera vista llevan la marca de una inoperancia que hace apartar desde luego la suposición de que el Sr. de Bismarck haya colaborado en su redacción anfibológica y descorida.

Tales como son, sin embargo, es preciso buscar ocultos el pensamiento dominante del nuevo emperador. Y el indicio más claro se encuentra, no precisamente en el texto, sino en la elección de los destinatarios de ambas proclamas. Mientras que el manifiesto de Federico III iba dirigido "a mi pueblo", los de Guillermo II van dirigidos al ejército y a la marina. Tal vez el pueblo venga más tarde; pero siempre resultará que viene - si viene - en segunda línea. El primer pensamiento del nuevo emperador no es, pues, para el ejército; es en honor de la "bandera alemana", y por la gloria de la "patria alemana" que él ha querido señalar, antes que todo, sus especiales cuidados.

A la marina le recuerda que pertenece a ella "per

un vínculo exterior"; mientras al ejército le dice: "Nos pertenecemos el uno al otro, yo y el ejército; ambos hemos nacido el uno para el otro." Esto en buen español, en buen francés, y quizá en alemán no tiene más ^{que} las apariencias de un pensamiento; y si se quiere examinar bien la frase, fácilmente se descubre en toda ella un verdadero galimatías. La Declaración, sin embargo, es ya más inteligible cuando añade: "Unos y otros permanecemos unidos por un lazo indisoluble."

Ya no estamos, pues, - esto se deduce claramente de la anterior manifestación - en aquellos buenos tiempos en que Federico III se mostraba indiferente a la gloria militar, desearo de dejar tan solo el recuerdo de un período de paz y de bendiciones... El militarismo recobra sus derechos. Es la monarquía de hierro y acero la que renace; son las Doctrinas del viejo Guillermo las que reaparecen después de un cortísimo eclipse. ¿Es esto la paz? ¿Es esto la guerra? Difícil es contestar la pregunta. El nuevo emperador lo deja a la "voluntad de Dios"; pero aquí es oportuno observar que si existe el Dios de paz, también existe para los hombres el Dios de guerra - por muy paradójico que sea ello - el Dios de los ejércitos. Por lo demás, dirijamos una mirada a nuestro alrededor, y veremos como de repente todas las esperanzas se han desvanecido y como las voluntades franca y abiertamente pacíficas han quedado sepultadas en el mismo ataúd que encierra los restos del emperador difunto.

En una palabra, Alemania volverá a ser dentro de poco lo que era antes de morir el viejo Guillermo: un inmenso campo de maniobras. Esto solo no significa ciertamente la guerra; pero tampoco hace más sólida la paz, ni libra a Europa de esa inquietud constante en que ha vivido desde hace diez y ocho años sin haberse roto, no obstante, la paz por todos bendecida.

La enfermedad del emperador difunto. - Por los resultados de la autopsia verificada a la mañana siguiente de su muerte, se ha venido en conocimiento de que el cáncer que sufría Federico III ha destruido la laringe sin causar la perforación del esófago, pero provocando abscesos en la tráquea y en los bronquios. La causa inmediata de la muerte del emperador fue una parálisis del pulmón.

Como el doctor Mackenzie ha sido el médico de cabecera del emperador hasta el momento de su fallecimiento, el nuevo emperador ha ordenado a aquel la presentación de un informe detallado acerca de la enfermedad que ha llevado a Federico III al sepulcro. En dicho documento dicese estar fuera de duda que el cáncer ha sido la afección que ha venido sufriendo el augusto paciente.

El Doctor Mackenzie confiesa, con todo, que el diagnóstico de esta enfermedad ha sido en extremo difícil en razón a que, desde los comienzos, los cartílagos de la laringe fueron atacados en sus partes más profundas, cuya circunstancia modificó totalmente el aspecto usual de la enfermedad.

Guillermo II y la prensa extranjera. - Los periódicos de Viena comentan los manifiestos dirigidos por el nuevo emperador a la marina y al ejército. La mayor parte de ellos reconocen en los mismos un carácter belicoso; pero ciertos órganos, como el Wiener Tagblatt, opinan que M.º de Bismarck continuará (?) defendiendo la causa de la paz.

El Daily Telegraph y el Morning Post de Londres dedican sus primeras páginas de hoy a hacer un examen detenido de la situación. Su parecer en estas circunstancias es digno de ser tenido en cuenta.

El primero hace observar que en las tradiciones de Prusia no existe ningún precedente, - ni hay actualmente tampoco ninguna probabilidad - de una locura semejante como sería la de una declaración de guerra hecha a ojos cerrados por Alemania contra Rusia o contra Francia, corriendo el riesgo de tenerlas a una y otra enfrente de ella. - El joven emperador - dice - es ante todo un soldado, lo cual significa que siendo en muy poco hombre político, él, lo mismo que su abuelo se colocará abiertamente a merced y en las manos de M.º de Bismarck. Así, podemos estar seguros de que la política de Alemania continuará siendo lo que ha sido durante estos últimos diez años.

"¿Es verosímil - añade - que un joven monarca sin experiencia, discípulo del hombre de estado más grande y más sabio de nuestra época, quiera de repente hacer salir a Alemania de su vía prudente y pacífica? No lo creemos nosotros. El ejército, orgulloso de su nuevo jefe, se sentirá preparado para cualquiera eventualidad; pero no querrá precipitarse en la guerra. El desentace es demasiado incierto y sobre todo demasiado serio para permitir en estos momentos una escapada irreflexiva."

Por su parte el Daily Chronicle de esta mañana se expresa en esta forma: "Poca luz arrojan sobre el porvenir los manifiestos dirigidos por el nuevo emperador a su ejército y a su marina. El tono de ambos documentos contrasta bastante con el de las primeras proclamas de su ilustre y malhadado padre. Ciertamente que no están desprovistos de dignidad; pero carecen de esa elevada cualidad política y de esa amplitud de miras que distinguían las palabras del emperador Federico." Ultima hora.

(Postdam, 18.) Han terminado las exequias del emperador, que se han celebrado con un tiempo espléndido, y con mucha mayor magestad y orden que las del difunto emperador Guillermo. Aparte la familia imperial, el príncipe de Sajonia, y el rey de Sajonia, eran los únicos príncipes que asistían a la ceremonia.

Ochoa: 370 82' 50 = Juan: 2163' 75 =

Parana: 385 = N. España: 285